

I

De pequeños y jóvenes nos cuesta trabajo encontrar el justo medio de las cosas. Es natural: la personalidad aún no ha madurado lo suficiente. Ni el sistema neuropsicológico ha alcanzado toda su capacidad de procesamiento, léase equilibrio para balancear la información interna y externa, ni la vida suficientes *palos* para acomodar eso que llaman experiencia. También es común, a edades tempranas, ser cautivados por diferentes emociones e ideas, y una vez *crecidos*, desecharlas. A ello contribuye mucho la educación recibida, en primer lugar de nuestros padres y maestros, y lo que vemos alrededor.

Son las lecturas, sin duda, una parte decisiva en ese camino de maduración humana. Los que saben de estos temas han clasificado la literatura en: para niños, para jóvenes y de adultos. Tal clasificación obedece, entre otras razones, a la complejidad del lenguaje usado y el mensaje del autor. La virtud de los clásicos cuentos infantiles es que, partiendo de un estilo sencillo, llegan a enseñanzas *cuasi filosóficas*, válidas para todas las edades; la cualidad

situación desgarradora: un joven a punto de casarse y obtener buen empleo, es traicionado por sus mejores amigos; en un abrir y cerrar de ojos, pierde a la novia, su futuro y encerrado en un remoto castillo, está condenado a morir en vida. Edmundo Dantés, la víctima, solo vivirá entonces para intentar la fuga y hacer justicia a como de lugar. Así comienza y atrapa al lector *El Conde...*, sobre todo a los jóvenes, cuyos espíritus justicieros y no siempre justos, son incapaces de apreciar las consecuencias del dolor reprimido y del odio hacia los enemigos.

Los Miserables es una novela cuyo tema, en palabras de García Marquez, sería el de los *amores contrariados*. El protagonista principal, durante cientos de páginas, es el amor que redime, que salva. Jean Valjean es un convicto prófugo, quien como animal asustado ve en todos posibles enemigos; en la bondad, una probable celada. De esa manera, llega a ser huésped de monseñor Bienvenu, obispo de Digne. Fiera acosada y quebradiza, roba los candelabros al obispo, y al ser detenido por la policía, es el propio mitrado quién lo defiende diciendo que ha regalado los candelabros a Valjean. A partir de ese momento, la vida del convicto estará en función de hacer el bien, en una entrega de amor que no

Montecristo vs Valjean

por Francisco ALMAGRO DOMÍNGUEZ

Si dos personas que son desconocidas la una para la otra, como lo somos todos, dejan caer de pronto la barrera que las separa, y se sienten cercanas, se sienten uno, ese momento de unidad constituye uno de los más estimulantes y excitantes de la vida. Erich Fromm.

sobresaliente de un texto como *El Principito* es que siendo un libro para adultos, como escribía en el prefacio su autor, puede ser para niños y jóvenes.

De aquellas primeras lecturas al despertar la adolescencia son *El Conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas (1802-1870), y un poco después, por la complejidad y el volumen de la novela, *Los miserables* de Victor Hugo (1802-1885). Grandes escritores franceses ambos, sus obras y sus vidas están separadas por un abismo en el cual no reparamos hasta que hemos madurado lo suficiente debido a muchísimas lecturas más, la fe, y *los palos que te da la vida*.

II

Vista descarnadamente, *El Conde de Montecristo* es la historia de una venganza. Desde el inicio plantea una

Alejandro Dumas, padre.

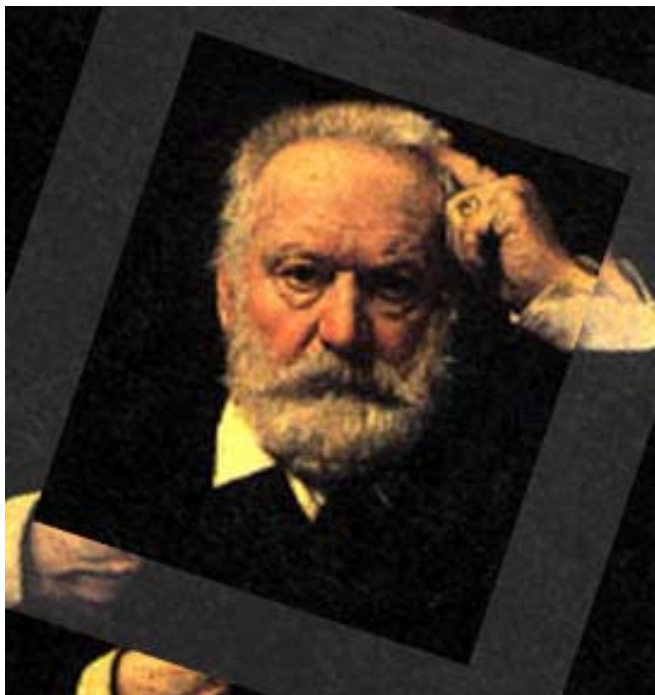


tiene límites. Y como para probarlo, Hugo pone al alcance de una de sus manos a la niña huérfana Cosette; en la otra, al inspector Javert, un perro de presa que no dejará de seguirlo y recordarle su condición de delincuente.

Dos personajes acorralados por sus historias, pero diametralmente opuestos en su disposición a cambiarlas y cómo hacerlo: Dantés comienza siendo un joven noble, bondadoso, a punto de contraer matrimonio; Valjean empieza desconfiado, rencoroso, y su meta sólo es huir; Edmundo es un muchacho fuerte física y emocionalmente, y sabe lo que quiere; Jean es hombre maduro, muy fuerte en lo físico y muy frágil en su psicología, al punto de morder la mano de quién lo ayuda; Dantés es inocente, Valjean, culpable; uno va a la cárcel a morir, el otro escapa de ella para vivir; Dantés se convertirá en el rico Conde de Montecristo, y fraguará un plan para liquidar a sus victimarios; Valjean tomará la identidad de un tal Champmathieu para criar a su hija adoptiva Cosette, y trabajará en las más humildes labores; Montecristo es un *ganador* que nunca logrará el amor que a Dantés le fue quitado; Champmathieu, es un *perdedor* que disfraza a Valjean en la búsqueda de un amor desconocido.

La vida de los autores es, también, diferente. Dumas comenzó siendo un escritor de poco vuelo, Hugo, desde muy joven, asombró con su poesía; Alejandro Dumas no tuvo una postura política o filosófica muy definida, Victor Hugo, monárquico en un tiempo, se convirtió en republicano; Dumas *hizo carrera* con aventuras y dramas donde la infidelidad, el anticlericalismo y la venganza ocupan el mayor espacio; Hugo *hizo profesión* con la poesía, y después, con una literatura que sin dejar de ser crítica al sistema penal y social de su época, tiene en el

Víctor Hugo.



amor y la reconciliación humana su destino definitivo; Dumas llevó un estilo de vida extravagante, y compró una finca en los alrededores de París; Hugo tuvo que exiliarse durante muchos años en la Isla de Guernsey; Dumas publicó más de mil volúmenes, pero se dice que contrataba escritores, y a pesar de ello, murió en la bancarrota; Hugo regresó a Francia, fue senador y no dejó de escribir hasta su muerte. Está enterrado en el Panthéon, lugar reservado a las grandes figuras francesas pues se le considera como un héroe en ese país.

III

¿Que diferencia a Dantés y Valjean, a Montecristo y Champmathieu, y aun, a sus respectivos autores? Sin duda, el cambio de la persona humana.

Golpeado por la adversidad, el individuo sólo tiene frente a sí dos caminos: adaptarse a la situación o modificarla. Dantés y Valjean no optaron por la primera variante. Eran rebeldes. Estaban dispuestos a salir del agravio. Mas, una vez decidido uno a no morir y tratar de escapar, y el otro, a escapar y procurarse una vida, llega el momento de ser *otro*, de cambiar. Pero, ¿podríamos, realmente, *ser distintos*?

No se cambia porque existe el deseo de cambiar. La voluntad juega una papel decisivo. El afán de ser distinto a cómo éramos antes, es el primer paso. Sin embargo, muchos estudiosos de estos temas afirman que debe haber *necesidad de cambio*. Y esa necesidad, con frecuencia, se debe a una *cuota de sufrimiento* o dolor. Pero hay más: pudieran estar presentes la voluntad, la necesidad y la cuota de sufrimiento, como en los personajes de la novelas citadas, y el cambio ser epidérmico; el llamado *cambio para no cambiar*.

Es lo que le sucede a Dantés. Alejandro Dumas, sin duda un notable escritor, no pudo evitar al final de la historia el enfrentamiento del justiciero Conde de Montecristo con el honesto Edmundo Dantés en esta breve reflexión del personaje: “*llegado a la cima de su venganza por la lenta y tortuosa pendiente que había seguido, contempló del otro lado de la montaña el abismo de la duda*”. Nosotros, lectores creídos que obraba con todo el derecho de *hacer justicia*, de pronto nos percatamos de que la vida no se

**Golpeado por la adversidad,
el individuo sólo tiene frente a sí
dos caminos: adaptarse
a la situación o modificarla.
Dantés y Valjean no optaron
por la primera variante.**

presenta ni tan simple ni tan recta. Llegado el instante donde el cambio solo ha sido para ser una peor persona, y pese cualquier razón para ello, Dantés regresa, y asume por un momento el control del vengativo Montecristo.

El cambio en Valjean, por el contrario, es en profundidad. Los especialistas le han llamado cambio de segundo orden o cambio estructural. Después del incidente con el obispo Bienvenu, el personaje creado por Hugo experimenta dentro de sí *algo nuevo*. Nadie le ha dicho que ame a los demás, y haga el bien sin mirar a quién. El escritor deja que las acciones hablen del cambio en Valjean: varias veces tendrá al inspector Javert al alcance de sus poderosas manos para hacerlo desaparecer, y le salvará la vida; rescatará un desconocido de las barricadas parisinas, quien más tarde enamorará a Cosette sin que Valjean lo tome como insulto. Minutos antes de fallecer, Jean Valjean hilvana un monólogo que resume toda la novela y de donde es esta frase: “*me voy pues, mis queridos niños. Amaos siempre mucho. En el mundo casi no hay otra cosa que hacer*”.

La lógica y la práctica indican que el cambio no es cómo y cuánto, sino para qué. De regreso a nuestras famosas novelas, Dantés cambia para vengarse, Valjean para amar; Dantés puede concretar sus planes porque se ha vuelto rico e influyente; Valjean toma la identidad de un sencillo empleado para cuidar de la huérfana. Solo el cambio humano que es para hacer el bien en la verdad y lo bello, en fin, por y para el amor, es un cambio profundo, orgánico y permanente.

IV

Es inevitable una breve reflexión final sobre las guerras y las revoluciones, vistas cual probables cambios a nivel social. Como sucede en las personas, para el cambio social no bastan la necesidad y el sufrimiento. Deben darse, además del contexto que lo propicie, ciertas coincidencias que, como pasa en los individuos, son muy particulares en cada caso. Lo que también se ha llamado por los especialistas *punto de bifurcación* o de *no retorno*, es ese momento singular en el cuál el cambio, además de inevitable, no por esperado resulta sorprendente.

Si el cambio, como sucede con Dantés-Montecristo, es para hacer lo mismo que sus enemigos, y desde sus razones, operar bajo los mismos preceptos de agresión-respuesta, no se trata de un cambio en profundidad sino en la superficie, o sea, de primer orden. Si el cambio modifica de tal manera al ser humano, como sucede con Jean Valjean, que por momentos no sabemos hasta dónde soportará el acoso del inspector Javert sin que se le salga su lado oscuro, estaremos en presencia de un cambio real, de estructura, de segundo orden.

Respecto a la *Guerra contra el Terrorismo*, vale la pregunta: ¿hay un cambio positivo, profundo, en las mentes y en los corazones de quienes lideran la lucha

contra este flagelo? Porque si toda la estrategia se limita a *devolver el golpe*, a vencer al contrario con el poder de las armas y no el de las almas, es muy probable que entremos en un interminable círculo de *escarmientos* y réplicas. Ningún culpable de matar inocentes debe quedar sin castigo, es cierto. Pero el problema no queda ahí. Romper el *status quo*, cambiar, es hacer las cosas de manera completamente diferente.

Las revoluciones son un buen ejemplo de cómo, si en sus etapas posteriores a la violencia inicial, no cambian las reglas del juego, no cambian los corazones de la gente, se convierten ellas mismas en regímenes peores que aquellos contra los cuales lucharon. Pudiera ser la diferencia histórica entre la Revolución de las Trece Colonias en 1776 y la Revolución Francesa de 1789. En la segunda, se asumió al Hombre como el Absoluto, centro de todos los derechos, pero fue excluida (combatida) la presencia de Dios. En la primera también fue el Hombre, el Pueblo, la meta del cambio; sin embargo, por encima de los hombres el Absoluto fue Dios. La vida enseñó que los hombres, sus ideas y filosofías, por muy buenas que parezcan, siempre son relativas. Ambas revoluciones cambiaron la historia; la francesa a base de editarse varias veces, devorar sus propios hijos y el de cientos de miles de vidas; la norteamericana estableció la Constitución y el Estado de Derecho moderno más viejo que existe, y el costo humano y material fue menor.

Es, justamente, lo que ha declarado el Papa Benedicto XVI en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, durante la vigilia del sábado 20 de agosto de 2005. Con un fragmento de sus siempre lúcidas palabras quisiera concluir:

Los santos, hemos dicho, son los verdaderos reformadores. Ahora quisiera expresarlo de manera más radical aún: sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo. En el siglo pasado hemos vivido revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, un punto de vista humano y parcial se tomó como criterio absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino que le priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y, ¿qué puede salvarnos, si no es el amor? Ω